



CRITICA DE LA BODA DE UN CRITICO

Por GILA

En el mundo se usa mucho eso de la ley del embudo. Cada vez que se estrena una obra de teatro, los críticos hacen la crítica del estreno, unas veces buena y otras veces mala. Sin embargo, cuando un crítico estrena esposa, nadie hace la crítica de su boda. En vista de esta injusticia y aprovechando la libertad de prensa, yo he hecho la crítica de la boda de un crítico.

Ayer por la tarde se celebró la boda del conocido crítico teatral Felipe Boroní Capote con la señorita Elisa Montefrío Sánchez. La boda, a pesar del entusiasmo despertado en toda la vecindad y en todos los asistentes a la misma, a mí, como crítico, me pareció una boda de lo más vulgar, llena de tópicos y sin que aporte nada nuevo a la tan manida costumbre de casarse. La boda, dirigida por el tío del crítico, que actuaba como padrino, tuvo un arranque bueno que nos hizo pensar en principio que íbamos a presenciar algo original y fuera de serie. Después, a medida que fue transcurriendo el tiempo, nos dimos cuenta que no era otra cosa que un plagio vulgar de otras bodas celebradas en la misma parroquia. Los intérpretes de la boda, es decir, los novios, Felipe Boroní Capote y Elisa Montefrío Sánchez, estuvieron lentos, inseguros, fríos..., dudando en las contestaciones del «sí quiero» y el «sí otorgo». Puede ser que estuvieran faltos de ensayo, pero lo cierto es que estuvieron francamente mal en sus

respectivos papeles. El padrino fue, a nuestro juicio crítico, el que mejor estuvo en su papel que, aunque no es el de protagonista, no deja de tener su importancia dentro de las bodas. Lamentamos mucho, como críticos, no poder decir lo mismo de la madrina, que estuvo ordinaria como una vaca pastando a la hora del lunch. No se supo mover como es debido en estos casos, pisó a dos invitados, regañó con el cura y la vimos tropezar varias veces, aparte de discutir con el monaguillo. Los testigos, en su corto papel, muy bien, felicitando a la novia con mucha soltura y mucha naturalidad. En cuanto a los invitados hubo de todo: unos patosos y otros correctos, más patosos que correctos. La ropa tampoco ha sido nada original en este estreno, ya que el novio llevaba el clásico chaquet, suponemos que de alquiler, a juzgar por las manchas de las solapas y el brillo en el trasero del pantalón; y la novia, el tantas veces usado traje de organza blanco, con tocado en tul ilusión y ramito de azahar. El lunch, de los más corrientito; el champán, barato; los canapés, excasos y el «foie-gras», picante; pocas aceitunas y pocos pastelillos de nata. Concretando, los que asistimos a la ceremonia nos aburrimos mucho. La boda Boroní Capote-Montefrío Sánchez ha sido una boda más, vulgar y corriente, que pasará sin pena ni gloria; una boda de quiero y no puedo que aunque no hubiéramos asistido a ella no hubiésemos perdido nada. El público, que llenaba la parroquia, se aburriró muchísimo.



LA NEVERA Y EL BOTIJO



Cuando me compré la nevera, mis amigos me dijeron: —Sabíamos que tú también te íbas a hundir en el fango alienante de los bienes de consumo. ¡Una nevera! ¡Y con

congelador! ¡Supongo —añadió el más íntimo— que también tienes batidora y vibrador en la cama y que pronto te comprarás un secador para el pelo!

No supe qué contestar. Como siempre, me quedé pensativo, sin saber qué decir. Volvieron otro día. No vieron la nevera. Cuando me pidieron agua fría (para el whisky, naturalmente) les traje el botijo. Sus reacciones fueron también desconcertantes para mí.

—¡Qué país! Y así —dijeron señalando despectivamente el botijo— quieren que entremos en Europa. Una nación que todavía fabrica estos objetos y un pueblo que los usa está alienado de barro hasta las mismas nalgas, por no decir otra cosa próxima a las mismas.

No supe qué contestar a sus nuevos sarcasmos. Me quedé silencioso mientras estuvieron

en casa. Cuando se fueron me dirigí a la biblioteca y pulsé un timbre semiculto detrás de las obras completas de Marx (D. Carlos). Parte de los estantes giró, ocultando los libros y mostrando una nevera General Electric último modelo, con hibernador familiar automático incorporado. Cogí un puñado de hielo, lo coloqué sobre un plato y me dediqué a mis habituales meditaciones hasta que el hielo se transformó en agua. Tardó dos horas en disolverse, por que la habitación estaba bastante fresca. Naturalmente, el aire acondicionado, para evitar nuevas bromas de mis amigos, lo tengo bien oculto detrás de un cuadro popular que representa unos segadores manchegos sudando como lo que son al lado de un botijo de barro blanco. Precisamente del mismo modelo de 1949 que yo también tengo para ofrecer agua a las visitas exigentes que vienen a hablarme de los bienes de consumo y de cosas parecidas.

GENOVEVO DE LA O.

